

La Eucaristía como acción de gracias

M. ABDÓN SANTANER

EU/TRI: Emprendemos la tarea de volver a colocar la Eucaristía en la vida trinitaria como su fuente última. Este camino no va a consistir en una acrobacia de gran altura en la estratosfera de las ideas acerca de Dios... Se trata únicamente de volver a las fuentes. Remontando el curso de los ríos ya polucionados de donde se sacan las ideas más «corrientes» y estereotipadas sobre la Eucaristía, la Comunión y la Misa, trataremos de alcanzar el brote de agua original. Allí las aguas brotan en toda su pureza de modo que en ellas el cielo puede reflejar la suya. La palabra Eucaristía significa «Acción de gracias» . Esta palabra designa el movimiento al que somos estimulados ante todo don recibido en pura gratuidad. En el misterio de Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu se dan gracias mutuamente por la felicidad que gratuitamente se dan siendo juntos el único Dios vivo. En esta experiencia de gratuidad se origina nuestra experiencia de Eucaristía. Y en ella encuentra sentido. Conocemos la vida trinitaria por la revelación que de ella nos ha

hecho

Dios.

Dios no se ha revelado a los hombres a través de oráculos de la Sibila,

proveniente, según el capricho de divinas fantasías, de boca de alguna

pitonisa. Dios se ha revelado a los hombres en la experiencia que ellos

van haciendo de su propia vida. Esta experiencia traía consigo interrogantes.

En el proceso mismo en que los hombres buscaban darse una respuesta a estas cuestiones, tomaron conciencia de que no estaban

solos para vivir su historia; en su historia se decían palabras que eran

palabras dichas por Dios.

No es éste el lugar para explicar cómo los hechos de la historia han

conducido en la Iglesia a la confesión de la vida trinitaria.

Digamos

únicamente que la confesión de fe trinitaria es el enunciado humano

que da cuenta de la experiencia vivida por un hombre, Jesús de Nazaret, muerto por haberse dejado conducir por el Espíritu, y resucitado por el poder de aquel a quien él llamaba su Padre (1).

Al puntualizar el enunciado en que consiste la confesión de la fe trinitaria, el hecho central es el acontecimiento de la cruz.

Este acontecimiento de la cruz recibe todo su significado del deseo con

el que ha sido deseado y vivido por Jesús; por parte de Jesús, la

afirmación de este deseo ha encontrado su expresión propia en la

institución de la Eucaristía.

Sólo volviendo a recolocar la Eucaristía en el proceso histórico al término del cual Jesús la instituye, podemos encontrar mejor sus

fuentes.

Señalaremos aquí:

1) Primero, cómo la experiencia bíblica conduce al umbral de la Eucaristía.

2) Inmediatamente después, cómo la Eucaristía es experiencia de la vida trinitaria.

* * * * *

* * *

7. La experiencia bíblica, camino hacia la Eucaristía

La experiencia bíblica es la experiencia de un pueblo.

Lo cual quiere decir que se trata de una experiencia que se despliega a

la vez en el espacio y en el tiempo.

Desplegada en el tiempo, esta experiencia es fruto de sucesivas generaciones. Sus hombres han enriquecido con ella la profundidad de

su mirada transmitiéndose unos a otros, a través de las edades, el fruto

de sus observaciones.

Desplegada en el espacio, esta experiencia es resultado de los diferentes modos de vida que constituyen a un pueblo, con sus diversos

modos de establecerse y sobre todo con una visión distinta que les

viene de los diferentes sectores de la vida en que se han situado. En el

lenguaje bíblico los tres adjetivos «real, profético y sacerdotal» resumen

los tres sectores esenciales de la existencia humana designados por

nosotros como política, cultura y economía».

Pero la experiencia bíblica es ante todo la experiencia de un pueblo

que tiene conciencia de ser el pueblo de la Alianza. Este pueblo

atribuye

su existencia a la Alianza con Dios. Todos los azares de esta su experiencia dependen del modo como el pueblo vivió la Alianza que les unía a Dios.

Los cuatro relatos de la institución de la Eucaristía que nos han sido transmitidos incluyen, todos ellos, la palabra Alianza (2). Será, pues, interesante ver cómo, a lo largo de la experiencia bíblica, la Alianza ha sido comprendida y vivida por el pueblo. Esta retrospectiva debe ayudarnos a recibir la experiencia bíblica como un camino que conduce a la Eucaristía.

La alianza con Dios, garantía para el hombre

La experiencia bíblica hace remontar la Alianza con Dios a la persona de Abraham (3). Establece, de este modo, un vínculo radical entre la

Alianza y la existencia de Israel como pueblo. Este aspecto se confirma

con el episodio del Sinaí. Allí, en medio de] estrépito de los elementos

desatados, Dios da su Ley al pueblo hebreo por medio de Moisés. Por

su parte, el pueblo se compromete a observar esta Ley a lo largo de un camino en el que su libertad queda afirmada (4).

Lo propio de esta Alianza, tal como fue concluida entre Dios y Abraham,

y más tarde entre Dios y los hijos de Israel, es que por ella se le aseguran al hombre todos los bienes que él, en su vida, tiene derecho a desear.

Más que enumerar todos estos bienes, como lo hacen diversos textos de la Escritura, nos limitaremos a hacer una sistematización. Está en primer lugar, sin duda, el hecho de la seguridad en la posesión, como pueblo, de una tierra, con la perspectiva de gozar de todos sus productos. En segundo lugar está el hecho de la seguridad de ser reconocidos como pueblo, con un nombre, por los demás pueblos. En tercer lugar, la seguridad de ser los dueños de su propio destino como pueblo, gobernándose a sí mismos en la libertad. Para hacerse una idea de los bienes vinculados a la Alianza con Dios, pueden leerse algunos textos, como los capítulos 27 al 30 del Deuteronomio. Estos textos, puestos en labios de Moisés para darles mayor relieve, fueron escritos en la época en que la Alianza estaba más amenazada. Su objetivo es persuadir al pueblo para que permaneciese fiel. En ellos se describen los bienes prometidos. Pero se le previene al pueblo de que, si no guarda la Alianza, todos estos bienes le serán arrebatados. Será arrancado de la tierra recibida de Dios en herencia; dejará de existir como pueblo reconocido por las demás naciones; perderá su independencia y será reducido a esclavitud por los otros pueblos, que le venderán en los mercados de esclavos de toda la tierra. Por el contrario, si guardan la Alianza, se les hace a los hijos de Israel la

promesa de que los bienes recibidos de Dios no les podrán ser arrebatados por nadie: se le asegura a este pueblo anticipadamente que «tendrá éxito en todas sus empresas» > > (5).

La alianza con Dios: el hombre experimenta su fragilidad. Debidamente instruido acerca de las ventajas de la Alianza y de los peligros que se corrían en caso de no permanecer fieles a ella, parece que el pueblo de Israel tenía todas las cartas en la mano para no tener ninguna duda a la hora de hacer opciones en el correr de su historia. De hecho, esta historia será una larga lista de opciones en las que se va haciendo evidente la infidelidad del pueblo y de aquellos que toma por jefes. Esta infidelidad se expresa con mucha frecuencia por medio de una fórmula general, familiar en el lenguaje de los profetas. Dios reprocha a su pueblo que se entregue al «culto a los ídolos». No debemos equivocarnos acerca de esta fórmula. Si se denuncia el culto a los ídolos, no se hace, en primer lugar, pensando en la forma de idolatría que se nos ocurre espontáneamente: introducción de estatuas o imágenes que representan las divinidades en uso en los diversos panteones de la época... El culto a los ídolos es denunciado en primer lugar porque acompaña y sacraliza determinados comportamientos sociales. Se trata de comportamientos que son

incompatibles con la existencia que debe llevar un pueblo «que Dios se ha elegido para ser su pueblo».

De nuevo aquí, más que enumerar estos diversos comportamientos,

nos limitaremos a una sistematización de ellos.

En primer lugar, está el hecho de no permanecer fieles a la voluntad de

Dios, que ha dado la tierra al pueblo en cuanto pueblo; esta infidelidad

se hace patente en todas las prácticas en las que los pequeños (la

viuda, el huérfano, el pobre) son hábilmente despojados de su derecho

a la herencia común (6).

En segundo lugar, está el hecho de no permanecer fieles a la voluntad

de Dios, que ha dado a este pueblo. Un rostro propio en medio de los

otros pueblos, estableciendo los comportamientos que les fija la Ley;

esta infidelidad se hace patente en todas las prácticas en las que se

busca ser «como las otras naciones» en vez de ser ellos mismos (7).

Finalmente está el hecho de no permanecer fieles a la voluntad de

Dios, que ha dado a este pueblo sus títulos de libertad haciéndole nacer

de una mujer libre y sacándolo de la esclavitud de Egipto; esta infidelidad se hace patente en el hecho de que las tribus dimitan

de su

libertad para adquirir una mayor seguridad bajo la tutela de una monarquía que se erige como Estado (8).

Estas son las infidelidades a la Alianza que los profetas reprochan al

pueblo acusándole de entregarse al culto a los ídolos. En

nombre de
Dios, acusan a los hijos de Israel de comportarse como una
banda de
traficantes, como una esposa adúltera, como una pandilla de
esclavos

...(9). La Alianza es despreciada en los tres planos de la vida
económica, cultural y política. El pueblo de Dios se muestra
indigno de
cada uno de los tres títulos que hacían de él, en razón misma
de la
Alianza, un pueblo a un mismo tiempo sacerdotal, profético y
real.

La infidelidad a la Alianza es sancionada por los
acontecimientos: Israel
se ve despojado de la tierra en la deportación, tachado de la
lista de los
pueblos en el exilio, tratado como raza de esclavos en la
cautividad... No
puede hacerse una experiencia más completa de la propia
fragilidad
humana.

La alianza con Dios: experiencia humana
de la fidelidad de Dios

En esta experiencia, el pueblo de Dios tiene la impresión de
haber sido
abandonado por su Dios a las naciones vecinas, como se dejan
para los
perros los restos de una comida. Pero, al mismo tiempo, este
pueblo
escucha cómo Dios le dirige las más desconcertantes palabras
de
ternura:

«¡Si es mi hijo querido Efraín, mi niño, mi encanto! Cada vez
que le
reprendo me acuerdo de ello, se me conmueven las entrañas y
cedo a

la compasión.» (10)

Tales palabras vienen de un Dios incapaz de renunciar a la Alianza.

La historia del pueblo de Dios comporta, de este modo, una doble experiencia. Por un lado, Israel vive la experiencia del abandono por parte de su Dios, que no impide ni el cisma, ni el exilio, ni la deportación de su pueblo a una tierra extranjera... Por otro lado, vive una experiencia de la presencia intensa de Dios en medio incluso de las pruebas que le son impuestas por su propia historia.

Dios, en efecto, no renueva ya los milagros con los que había aniquilado a la armada del Faraón en el Mar Rojo o a los carros del rey

Sísara en los cenagales del Torrente de Quison (11). Pero, por otra

parte, Dios hace maravillas mucho mayores desde un punto de vista

propriadamente humano, pues aniquila y extermina del corazón de su

pueblo a los tiranos del egoísmo, de la autosuficiencia y del orgullo (12).

Poco a poco el pueblo se va haciendo «humilde y pobre», con comportamientos verdaderamente humanos (13).

El fruto de esta experiencia de profundización humana de la Alianza se

hace perceptible en la redacción de las plegarias que empiezan a

formularse en Israel:

«Nos infundiste tu temor para que invocásemos tu nombre y te alabásemos en el destierro y para que apartásemos nuestro corazón de los pecados con que te ofendieron nuestros padres» (14)... «de todo

corazón te seguimos.» (15)

El pueblo de Dios fue descubriendo poco a poco en qué y cómo se manifestaba la fidelidad a la Alianza que Dios había jurado a los antepasados. Esta fidelidad de Dios ha quedado atestiguada, más que en el enriquecimiento, el prestigio y el poder de la época de Josué, de los Jueces y de los Reyes, en el hecho de que, en Israel, el corazón del hombre ha sido poco a poco transformado. Ese corazón, que era un corazón de piedra, se ha ido haciendo en verdad un corazón de carne (16).

De acuerdo con la experiencia de esta transformación, la plegaria de acción de gracias se transforma también. Israel empieza a dar gracias a Dios, menos por los bienes exteriores que recibe de él que por ese bien maravilloso que es la relación por la que Dios le transforma (17). Se dan gracias a Dios por ser un pueblo cuya alegría consiste en «caminar humildemente con su Dios» (18). De una Alianza de tipo tribal, en la que se trata de un servicio que se presta mutuamente como un «toma y daca», el pueblo de Dios pasa a una Alianza de tipo conyugal (19).

Cada uno de ellos experimenta en sí lo que experimenta el otro. Israel descubre que su Dios es un Dios con entrañas de ternura, que se emociona con todo lo que afecta a su pueblo (20); este

descubrimiento

le hace desear a Israel vivir su vida de pueblo según la santidad de su

Dios (21). En este contexto, podrá un día hablar el profeta Jeremías de la Alianza Nueva (22).

En el umbral de la Eucaristía

BENDECIR-DEO: Al término de esta larga experiencia de la Alianza, ya

están realizadas las condiciones para que pueda pronunciarse en Israel

la verdadera plegaria de acción de gracias.

Esta plegaria llevará el nombre de «plegaria de bendición».

Se utiliza, en efecto, el verbo «ben-decir» y el adjetivo «ben-dito».

Benedicir a Dios es reconocerle como fuente de vida y fecundidad; es

atribuirle el origen de todas las expansiones y crecimientos que se

pueden gozar. «Bendito eres, Señor», significa: «Reconocemos en ti el

origen y la fuente de todo lo que de bueno percibimos en nosotros y en

nuestras vidas» (23).

Esta plegaria de bendición se hace con motivo de todos los grandes

acontecimientos de la existencia y cuando se hace memoria de los

acontecimientos mayores del pasado. Cuando se pronuncia esta plegaria para conmemorar los acontecimientos en los que el pueblo de

Dios ha sido purificado por la prueba, es testimonio de que en esta

prueba se reconoce el punto de partida para una vuelta del pueblo a su

Dios. Se bendice a Dios por haber vuelto a él, al hacer memoria

de su
Alianza.

Una plegaria como ésta es Eucaristía.

Se da gracias por haber vuelto a Dios, no por el interés, sino porque

Dios es Dios; se da gracias por haber sido reconducidos a Dios, no por

el interés, sino por ser el pueblo de Dios. El fondo de esta acción de

gracias es dar gracias por una relación y no por las cosas.

Cuando el

pueblo de Israel accede a este modo de oración, ha llegado realmente

al umbral de la Eucaristía. La Nueva Alianza entre Dios y los hombres,

en Jesucristo, se va a sellar en la gratuidad por fin descubierta.

8. La Eucaristía de Jesucristo,
experiencia de la vida trinitaria

Los relatos de la institución de la Eucaristía mencionan, todos ellos, la

Alianza. Dos de ellos precisan que se trata de la Alianza Nueva (24).

Esta anotación, en el evangelio de Lucas y en la primera carta a los

Corintios, sitúa el proceso de Jesús en el punto axial de los anuncios

proféticos de Jeremías. Esta Alianza nueva es la Alianza entre Dios y los

hombres, que han dejado de poner a Dios a su servicio como un aliado

del que se esperan ciertas ventajas. Es la Alianza comprendida como

una relación de Amor.

Jesucristo instituyó su Eucaristía en el transcurso de una comida.

Invitó a sus discípulos a dar gracias por el pan y el vino como lo habían

hecho sus antepasados; pero les ordenó también partir el pan y vaciar

la copa en memoria suya.

Con estas disposiciones, Jesús demuestra que el proceso en el que

instituye la Eucaristía es prolongación de la experiencia vivida por su pueblo.

Israel había empezado bendiciendo a Dios por los bienes terrenos

antes de llegar a bendecirle por ser el Dios fiel a su Alianza. En el rito

instituido por Jesús, quienes creen en él bendicen a Dios por los bienes

de la tierra; pero, al realizar el rito de la fracción del pan y del vino

compartido en memoria de Jesús, se bendice a Dios por ser el Dios fiel

a su Alianza. Se le bendice por haber mantenido su Alianza al resucitar

de entre los muertos al hombre Jesús.

Quienes celebran la Eucaristía bendicen a Dios porque su fidelidad

hace de la Alianza con él una relación sobre la cual la muerte no tiene

poder: esta Alianza es una relación de amor eterno.

La Eucaristía, proceso en el que el hombre Jesús bendice al Padre por ser Padre

J/ALIANZA-D-H: Jesús es el primero en vivir una Alianza que es relación de Amor eterno entre Dios y el hombre. Más exactamente,

Jesús es, en sí mismo, como persona viviente, esta Alianza.

En Jesús, el hombre y Dios no son más que una sola cosa. En él, el

hombre no utiliza a Dios; y Dios no domina al hombre. El hombre y Dios

viven en Jesús una relación que pone al hombre en perfecta sinergia con Dios y a Dios en perfecta sinergia con el hombre (25). Cuando Jesús toma el pan y la copa para reiterar los gestos de la Alianza vivida por sus antepasados en la noche de la primera Pascua, no celebra únicamente la Alianza concluida en Abraham, ratificada en el Sinaí y confirmada en Siquem (26). Jesús celebra también, y sobre todo, la Alianza que se da de hecho en su propia persona. Para celebrar esta Alianza, recoge las palabras que la experiencia de siglos inspiró a sus antepasados: «Bendito seas, Señor...». Pero dice esas palabras incluyendo, en la acción de gracias, toda la experiencia de su propia vida. Para comprender lo que aquí realiza Jesús, es importante atender a un tiempo al momento en que Jesús da gracias y al gesto mediante el cual lo hace. Da gracias «antes de padecer» con un gesto que dice sí a este sufrimiento que va a llegar (27). Los antepasados dieron gracias a Dios por las pruebas del Exilio, de la deportación y las diferentes cautividades. Pero lo hacían una vez que habían constatado que estas pruebas les habían arrancado de sus egoísmos, de sus autosuficiencias y su orgullo. Bendijeron a Dios después: ante los frutos de vida que surgieron de la prueba por fin atravesada.

Pero Jesús da gracias «antes de padecer». Sabe que va a la pasión y a la muerte. Vistos los preparativos de sus adversarios, las cosas no pueden acabar de otro modo que con su eliminación. Y a pesar de todo, Jesús da gracias. Este hecho de dar gracias antes que las cosas ocurran le permite decir sin mentira ni presunción: «Ardientemente he deseado...».

J/EU/DA-GRACIAS: Si Jesús da gracias de esta manera es porque sabe que el Dios de sus antepasados es el Dios de la vida. Este Dios que ha sido fiel a la Alianza llevada a cabo con Israel, su hijo mayor, será fiel a la Alianza concluida con el primogénito suscitado por el Espíritu en el seno de la Virgen María (28).

Con toda la fuerza de sus entrañas de carne, Jesús, bajo la acción del Espíritu, da gracias al Padre por la pasión que pronto va a soportar en su carne. Lo hace porque cree que este Padre, fuente de toda vida, puede volvérsela a dar incluso en esta misma carne mortal que se estremece en él. En este aliento con el que bendice a su Padre, Jesús, como hombre, reconoce en el Padre la fuente de su vida mortal; pero este aliento es el mismo que le hace reconocer en el Padre, como Verbo, la fuente única de su vida eterna.

La Eucaristía de Jesucristo es una acción de gracias vivida en un hombre. Pero esta acción de gracias se realiza, en primer lugar, en

Dios, entre el Hijo y el Padre, en el Espíritu. El hombre Jesús bendice en ella al Padre por ser el Padre que guarda fidelidad a la Alianza por la que él da la vida.

La Eucaristía, proceso en el que Dios se celebra a sí mismo por el hecho de ser Dios. Esta vuelta a las condiciones en que se desarrolló la Institución de la Eucaristía nos hace ver en ella algo que se realiza al nivel de la Alianza que es Jesús, en su propia persona.

TRI/EU/DAN-GRACIAS:: Esta investigación no hubiera sido posible si el enunciado mismo de la plegaria de bendición pronunciada por Jesús no nos hubiera permitido captar en ella las relaciones que unen al Padre con el Hijo en el Espíritu.

La referencia a estas relaciones nos hace comprender la Eucaristía de Jesús como una manifestación, a nuestra sensibilidad humana, de una realidad invisible, que preexiste a la percepción que de ella tenemos. El Padre, el Hijo y el Espíritu están en estado de Eucaristía desde toda la eternidad (29).

Para las Personas divinas, este estado de Eucaristía reside en el hecho de que cada una, existiendo como único Dios, da gracias a las otras dos de lo que cada una de ellas es, ella misma tal como es. La «acción de gracias» es de alguna manera constitutiva de las relaciones porque es estremecimiento permanente del Padre y del Hijo en

SUS
mutuas relaciones bajo la acción del Espíritu. Para hablar en
términos
humanos (débiles analogías) podríamos decir que las Personas
divinas
se felicitan mutuamente por ser vivientes con la plenitud de la
vida. Es
un poco como el movimiento que hace que padres e hijos se
feliciten
entre sí por la buena salud de todos, o que un equipo de
educadores se
felicite ante los progresos que realiza un disminuido... Nadie
sabe
realmente quién debe ser más felicitado.
El lenguaje humano no puede dar cuenta aquí de una realidad
que
supera la experiencia humana. Pero, al menos, podemos y
debemos
intentar balbucir algunas palabras, lo menos mal posible, acerca
de esta
realidad.
Por esto es importante subrayar que la vida trinitaria, por
torpes que
seamos para hablar de ella, sigue siendo la última verdad de la
Eucaristía tal como Jesucristo la instituyó.
En el origen de toda verdadera Eucaristía, hay una Acción de
Gracias
en la que el Padre, el Hijo y el Espíritu se bendicen mutuamente
por ser,
juntos, el único Dios Vivo. En el Misterio de Dios, la Eucaristía
es una
celebración en el orden del deseo perfecto. Es el misterioso
intercambio
entre Personas en el que cada una se constituye por el deseo de
que
las otras sean quienes son. El Espíritu es la reciprocidad del
deseo

entre el Padre y el Hijo. El Hijo es la identidad misma del deseo del Padre en el Espíritu. El Padre es la libertad del deseo del Espíritu por el Hijo. Ninguna idea o voluntad de posesión viene a interferirse o a torcer los «juegos del deseo» (30). Pero el deseo se despliega como movimiento mismo de la vida. Reconocer en la vida trinitaria la fuente última de la Eucaristía es proporcionarse el medio para vivir la Eucaristía según su verdad. Nada es más contrario a la verdad de la Eucaristía que su aplicación utilitaria. La Eucaristía es del orden de lo gratuito. Dios, de alguna manera, se celebra en ella a sí mismo en su alegría eterna de ser él mismo. Percibida de esta manera la Eucaristía es una escapada hacia el misterio de Dios que despierta a los hombres a su propio misterio en cuanto los hombres son seres de deseo. Este misterio es el de la gratuidad recíproca en la que cada uno sabe que no puede desear para el otro sino lo que el otro ya ha deseado.

La Eucaristía. proceso por el que los hombres penetran en el movimiento mismo de Dios. Cuando Jesús instituye la Eucaristía, entrega verdaderamente a los hombres el misterio de la vida tal como se vive en Dios: como gratuidad del deseo. Jesús se hubiera podido contentar con decir: «Esto es mi cuerpo entregado...», «Esta es mi sangre que se derrama...». Su Eucaristía,

entonces, hubiera quedado como un asunto interno entre él y el Padre,
en el Espíritu. Pero añade: «Tomad, comed. . . », «tomad, bebed. . . ».

Con estas palabras establece, entre él y los hombres, la misma relación

por la que él vive del Padre. Da a los hombres gratuitamente esa vida

que recibe gratuitamente del Padre y que, gratuitamente, entrega al

Padre en el Espíritu. Si los hombres entran en este movimiento, pueden

entonces llegar también ellos a ser partícipes de la misma vida.

«Desear ardientemente» es el enunciado que mejor describe esta participación

en la gratuidad de Dios.

En este sentido habría que entender la expresión, que se hizo familiar

desde bien temprano, que designa a la Eucaristía como «Cena del

Señor» (31).

La Eucaristía no es sólo la «Cena del Señor» por ser una mesa que el

Señor pone para nosotros... No es la «Cena del Señor» sólo porque

Jesús, el Señor. se da en ella como comida y bebida. La Eucaristía es la

«Cena del Señor» porque es la Mesa de la Cena trinitaria. Por esta

Mesa las Tres Personas son personas vivientes. Y a esta Mesa, su

propia Mesa, nos invitan a sentarnos.

Por ser la Eucaristía prioritariamente la Mesa de Dios mismo, no podemos llegar a participar de ella más que abrazando, con nuestras

mismas entrañas de carne, un poco como Jesús, el

estremecimiento

interno al misterio de Dios (32). En la Mesa de la que Dios vive, el

estremecimiento es participación. Esta participación no es un reparto.

Es una posesión en común, indivisa. El gesto que consiste en compartir

no se define a partir de la cantidad o de la calidad de lo que se comparte. Este gesto se define simplemente como gesto de gratuidad.

Por eso, cuando hacemos de la Misa o de la Comunión una técnica

superior de petición, nos salimos de la verdad de la Eucaristía.

Es verdad que, cuando participamos en una celebración eucarística,

estamos absolutamente en el derecho de solicitar de Dios sus beneficios para aquellos o aquellas, vivos o muertos, de quienes «hacemos memoria» en los diversos Mementos.

Pero de eso a hacer de la Misa o de la Comunión un «truco» más eficaz

que las novenas a la Virgen o que los cirios encendidos a San Antonio o

Santa Rita va un abismo.

La Misa, por ser la Eucaristía de Jesucristo, no pertenece a la antigua

Alianza en la que los Hebreos se felicitaban por tener como aliado a un

dios más fuerte que los otros, capaz, por consiguiente, de hacerles

ricos, célebres o victoriosos...

La Misa pertenece a la Alianza Nueva que presentía el profeta Jeremías.

En esta Alianza, las dos partes han accedido a ese pleno cumplimiento

del deseo que es la gratuidad. Dios se felicita de que los hombres sean

plenamente hombres y los hombres se felicitan de que Dios sea

verdaderamente Dios. Esta gratuidad del deseo es verdadera en Jesucristo. Jesucristo instituyó la Eucaristía para que esta gratuidad del deseo se hiciese verdadera entre todos los hombres al hacerse verdadera entre cada hombre y Dios (33).

La Eucaristía, celebración que no pertenece más que a Dios

La Eucaristía es, pues, la revelación hecha al hombre de la gratuidad

como aspiración última de su deseo más profundo.

Al contrario que en todas las realizaciones utilitaristas en las que los

hombres inventan, multiplican, exaltan o exacerban sus necesidades

para hacerse indispensables y necesarios, Dios se revela en Jesucristo

por una acción en que Jesús se entrega con la más absoluta gratuidad:

«Tomad, comed...», «tomad, bebed...».

Esta revelación del misterio de Dios como gratuidad, seguramente

plantea algunos interrogantes en la práctica de nuestras vidas.

Pero a

este interrogante que la revelación plantea le costará trabajo llegar a

tener resonancia en la práctica de nuestra vida si no es acogida primero

en la práctica misma de la Eucaristía.

La Eucaristía, pues, deja de ser el lugar donde puede acogerse el

interrogante de la gratuidad, si se hace de ella un momento o una

ocasión de utilidad: útil para adoctrinar, útil para alistar a la gente, útil

para sacarla una rentabilidad...

EU/LO-QUE-NO-ES: Para que la Eucaristía sea el lugar de la

revelación al hombre del misterio trinitario de la gratuidad y para permitir así al hombre tener acceso al conocimiento de su propio deseo, debe ser esperada en su carácter propio. No es un ornato para llenar la pobreza ritual de nuestros actos sociales o nacionales... No es un medio práctico para recuperar la religiosidad popular... No es ni siquiera, en sí misma, uno de esos actos que la antropología cataloga y clasifica en la sección de actos religiosos. La Eucaristía es una celebración cuya iniciativa, desarrollo y fines residen por entero en el misterio de Dios. Mesa, Palabra y Asamblea, la Eucaristía, al tiempo que nos revela el misterio de Dios Trino, ofrece al hombre en síntesis, todo aquello a lo que se siente confusamente arrastrado, desde dentro de sí, desde el momento en que comienza a alzarse el movimiento del deseo. La Eucaristía es un misterio de riquezas sin explotar. La Iglesia se sabe depositaria de este tesoro. Sabe que este tesoro está dirigido a la vida de los hombres; por eso, a quienes ordena para presidir la Asamblea eucarística, les enseña que están presidiendo una celebración de la que ellos son ministros, es decir, servidores y no maestros. El único maestro de la celebración eucarística es Jesucristo. Los bautizados son concelebrantes. Sacerdotes y fieles concelebran en una celebración que no les pertenece.

La teología oriental expresa esta verdad retomando una fórmula de Ignacio de Antioquía. Para este testigo del siglo segundo, Jesús es el Corega de toda la Eucaristía. El corega es el maestro de la celebración: maestro de canto (palabras), y maestro de danza (movimiento), al mismo tiempo. Debería pensarse todo esto en este tiempo en el que muchos, para hacerlo lo mejor posible, se inventan Eucaristías a su gusto curtiendo el riesgo de autocelebrarse en vez de entrar en el misterio de la celebración trinitaria. Creyendo responder a un verdadero deseo, no satisfacen más que apetencias superficiales. Esto se ve perfectamente en la velocidad con que se pasan estos inventos. La experiencia actual podría ser beneficiosa, sin embargo, si lograrse redescubrir el lazo oscuro pero riguroso que une la fidelidad a un rito con la elucidación del verdadero deseo. Al recurrir al rito, el hombre reconoce que no es él el maestro de la celebración eucarística. Por ese mismo hecho, comprende que la celebración apunta más allá del alcance del que es consciente. Este mensaje es necesario más que nunca para que el hombre no se olvide de que no existe más que como hombre de deseo.

Para un proceso de Revisión de Vida.
Todo hecho de la vida humana se halla marcado de un modo especial

por uno de los tres aspectos que son lo cultural, lo económico, lo político. Pero en todo hecho de la vida humana, los tres aspectos están presentes necesariamente, en positivo o en negativo. La ausencia de uno o dos de estos aspectos basta para hacer que no exista ya allí verdadera vida humana.

Por su origen trinitario, la Eucaristía abre nuestros ojos a estos tres aspectos que serían menos evidentes:

1) Aunque todo sea político, nada en la vida humana es únicamente político.

2) Aunque todo sea económico, nada en la vida humana es únicamente económico.

3) Aunque todo sea cultural, nada en la vida humana es únicamente cultural.

Sólo la mutua implicación de estos tres aspectos entre sí permite decir si en un hecho de la vida humana hay un signo auténtico de la llegada del Reino de Dios. La Eucaristía lo recuerda como Mesa, Palabra, y Asamblea de un pueblo de Dios simultáneamente sacerdotal, profético y real.

Conclusión:

Eucaristía y vida humana

Ser cristiano es haber recibido el bautismo en el nombre del Padre y

del Hijo y del Espíritu Santo. Este es el hecho esencial. Ser cristiano es

un don gratuito.

Incluso grandes espíritus pueden olvidar este hecho. Intentan entonces describir los comportamientos a partir de los cuales un ser humano puede llamarse cristiano. Ser cristiano se convierte en un récord del que se puede estar orgulloso.

CR/IDENTIDAD: Tal concepción pervierte el verdadero orden de las cosas. Renueva la pretensión contra la que se levantaron los Padres de la Iglesia al rechazar las afirmaciones del monje Pelagio. Para ellos, ser cristiano sólo podía consistir en acoger el don de Dios y saber dar gracias por ello.

La Eucaristía es la culminación del bautismo por ser acción de gracias.

Por ella se penetra en el «dar gracias permanente» que hace del misterio trinitario una fiesta sin fin, una celebración eterna, el despliegue perfecto del deseo.

Quienes han sido admitidos por el bautismo en la celebración eucarística deberían estar apasionados por el misterio trinitario. En la

Eucaristía, en efecto, les es dado contemplar el movimiento mismo de este misterio de vida. Sus ojos son despertados en ella al movimiento de su propio deseo, al ser despertados para seguir el movimiento en que se despliega la vida divina en las relaciones entre las tres Personas.

El movimiento del deseo, en el hombre, no aspira a la posesión de los seres y mucho menos de esos seres que son las personas;

aspira a la relación de amistad. Esta relación no es una cuestión «de pago». Por sí misma se sitúa en un «dar gracias» que comúnmente se llama gratuidad. Los cristianos, nacidos de la gratuidad, deberían ser los hombres más despiertos a los «juegos del deseo» que subyacen en las luchas y en las penas, en las alegrías y esperanzas de la existencia humana. Su mirada, iluminada por el misterio trinitario, debería captar casi como por connaturalidad las situaciones esenciales de la vida de sus hermanos los hombres. En un mundo en el que a demasiados hombres se les prohíbe el deseo, o están condenados a la codicia, la existencia cristiana debería testimoniar que la vocación del hombre es desear: «El que tenga sed, que se acerque...» (Apocalipsis 22, 17). La observación de la vida humana en los diversos planos en los que se despliega, demuestra que muchos hombres y mujeres llevan en sí este testimonio, aunque no lo sepan. Son todos aquellos y aquellas que, de una u otra manera, están al servicio del despliegue del deseo: la búsqueda de la reciprocidad entre los seres en la economía, el respeto a la identidad de cada uno en las diversas culturas, la voluntad de promover la libertad para todos en la vida política, esta es la ley de su existencia. Vayan a Misa, o ignoren que la Misa existe o en qué consiste, son participantes de la Eucaristía.

Para los que, de entre ellos, van a Misa, Dios quiere que sepan lo que en ella se realiza: que la Misa es el resumen y la cima de lo que su deseo ansía en las luchas y las penas, en las esperanzas y en las alegrías de su vida. Para quienes ignoran la Misa, Dios quiere que la gratuidad del don de Dios se les haga perceptible de alguna manera. Lo esencial es que no lleguen nunca a atribuirse a sí mismos el objetivo del deseo que les empuja. Pues basta este movimiento de autosuficiencia para hacer caer en los caminos ya trillados de la autosatisfacción, incluso a aquellos hombres que mejor habían emprendido el vuelo hacia nuevos horizontes de exploración. No se trata aquí de una distribución de premios, distinguiendo entre los que van a Misa y los que no. Se trata únicamente de desear a unos y a otros que sean hombres de deseo. A quienes van a Misa, el ser hombres de deseo les exige que no vayan a ella por cualquier motivo. No pueden ir por obligación. Eso sería negar su propio deseo de libertad. Estarían negando con ello la Eucaristía en cuanto Asamblea... No pueden ir por conveniencia. Eso sería negar su propio deseo de identidad. Estarían negando con ello la Eucaristía en cuanto Palabra... No pueden ir por autosuficiencia. Eso sería negar su propio deseo de reciprocidad. Estarían negando con ello la Eucaristía en cuanto

Mesa...

Quienes no van a Misa, pueden quizá vivir su misterio, cada uno según

la gracia que le haya sido dada, en su filosofía o en su religión... sabiendo que la densidad de vida que experimentan podría ser todavía

mayor si, conociendo la Eucaristía, recibieran de ella una mejor inteligencia del verdadero deseo por el que se sienten impulsados en su existencia.

Quiera Dios, que es deseo, conceder a quien lea estas páginas desear ardientemente.

M. ABDON SANTANER

EL DESEO DE JESÚS

La Eucaristía como Mesa, Palabra y Asamblea

Sal Terrae. Colección ALCANCE 24

Santander 1982. Págs. 157-190

.....

(1) Hb 9, 14; Hch 2, 33.

(2) 1 Co 11, 25; Lc 22, 20; Mt 26, 28; Mc 14, 24.

(3) Gn 17, 7.

(4) Ex 19, 16-20, 17; Ex 24, 7; 19, 7-8; Jos 24, 25-28.

(5) Dt 30, 9.

(6) Is 59, 1-7; Jer 5, 26-28; Am 3, 9-10.

(7) Jer 2, 11 y 21

(8) 1 Sa 8, 7-18, Jer 21.

(9) Jer 7, 11; Am 5, 7-12; Os 2; Jer 2, 32; Ez 23; Am 4, 2-3; Jr 2, 16

(10) Jer 31, 20.

(11) Ex 14, 23-29; Jue 4, 12-16.

(12) Jer 4 2.

(13) So 3 11-13; Mi 6, 8; Am 5, 24; Os 2, 21; Is 2, 4.

(14) Ba 3, 7.

(15) Dn 3, 41.

- (16) Ez 36, 26.
- (17) Ps 63, Is 59, 21, Is 62, 11; Ba 5, 5.
- (18) Mi 6, 8.
- (19) Os 2 21-25.
- (20) Os 11, 1-9; Is 40, 1.
- (21) Ez 20, 40-41; Jer 31, 33-34.
- (22) Jer 31, 31.
- (23) Gn 1, 22 y 28.
- (25) Para la palabra «synergía» ver mi libro Homme et Pouvoir. Eglise et Ministere, págs. 59-60.
- (26) Jos 24, 25-28.
- (27) Lc 22, 42.
- (28) Hech 2, 22-28; Col 1, 18-19.
- (29) Ef 1, 3; Jn 17, 5.
- (30) Tomo esta fórmula de G. H Radkowcki